





# VERDE CHILOÉ

ANA BARRERA PASTOR

Platero  
COOLBOOKS 

Título: Verde Chiloé

Primera edición: octubre, 2024

Segunda edición: enero, 2025

© 2024, del texto Ana Barrera.

© 2024, de la edición, maquetación y diseño Platero CoolBooks.

© Platero Editorial S.L.

Glorieta Fernando Quiñones s/n .

Edif. Centris, planta 2, módulo 10. 41940 Tomares (Sevilla)

info@plateroeditorial.es

www.plateroeditorial.es

Diseño de cubierta: Platero Coolbooks.

Ilustración de portada por Antonio Álvarez Gordillo, @antonio.alvarez.gordillo

Fotografía de solapa por Francisco José López, @franjl

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa de los titulares del copyright.

Printed in Spain-Impreso en España

Depósito legal: SE 207-2025

ISBN: 978-84-10062-73-3

*A mis estrellas en el cielo:*

*A mi abuelo José, quien sin apenas ir a la escuela me demostró ser la persona más cultivada y con inquietud por aprender que jamás conocí. De él heredé el amor por la literatura escuchándolo recitar, junto a mis hermanos, poemas de Campoamor y fábulas de Samaniego.*

*A mis suegros, Gonzalo y Loli, por todo el amor que me regalaron y que sigue sembrado en mí.*

*No estáis aquí, pero estáis conmigo.*



## Prólogo

Chiloé, un archipiélago localizado al sur de América del sur, y Sevilla, en España, se unen a pesar de la distancia oceánica, con la novela de la escritora Ana Barrera Pastor. Paisajes y comunidades hispanas pareciera que interactúan con el archipiélago insular bajo la pluma de la escritora y el esfuerzo escritural para lograr este efecto catalizador. A pesar que guardo cierta distancia con la tecnología que ha hecho tanto bien pero también tanto mal, me permitió contactarme con la autora por correo electrónico y WhatsApp. Recibí cierto día un mensaje desde España, donde me solicitaban colaboración para escribir una novela contextualizada en Chiloé, su pasado y su gente; y cotejar dicho relato con acontecimientos y protagonistas de una región española, en una especie de simbiosis cultural enriquecedora. Esta solicitud de cooperación a la distancia fue con tanta fuerza y sentimiento que no dudé en prestar mi apoyo a tan importante novela.

La autora Ana Barrera estaba comprometida en esta iniciativa cultural, me preguntaba cómo desde otro país tan distante se interesaba en la historia y cultura de Chiloé para escribir su próxima novela. Un pequeño archipiélago, al otro lado del mundo, estaba en sus concepciones mentales, que lo atraía y que le permitiría darle vida a sus escritos. No sé cómo «redescubrió» a Chiloé, quizás entre tanta lectura simplemente apareció y su conocimiento intuitivo la iluminó para señalarle el camino que sería la nueva ruta novelesca. Fueron sin duda momentos trascendentales de reflexión, análisis, estudios, creación y, sobre todo, un activo, serio y meticuloso trabajo intelectual, que confluyeron en esta relevante novela. Algo pasó en su vida con Chiloé —quizás un *déjà vu*— que provocó la chispa que permitió el gran incendio creativo, enmarcado en esta conjunción de territorios que están en las antípodas, pero que se amalgaman en su escrito.

El lugar de inspiración elegido para su novela fue el archipiélago de Chiloé, que tiene condiciones especiales. Su aislamiento geográfico, acentuado por su condición de isla, junto a sus particularidades culturales, hizo

de este territorio un enclave sociocultural, un lugar con identidad propia. Históricamente era una sociedad que presentaba rasgos de arcaísmo cultural, de indianización, de rusticidad, lo que llevaba a que esa vida interna, desconectada del continente, implicara un mestizaje casi general. Chiloé era una «cuasinación en el recoveco del mundo», como decían los antiguos cronistas, confirmando que su mayor riqueza se encontraba en la diferencia cultural. La vida transcurría entre el mar y la playa, tal como lo enseñaron los indígenas, por ello la cultura chilota es de bordemar, del litoral del mar interior, que es donde desarrolló históricamente su hábitat el chilote. De esta forma, el medio ambiente determinó profundamente a sus habitantes, donde aprendieron a desenvolverse en esta intrincada geografía y a estructurar su cultura. Por ello, cuando hablo de la cultura de Chiloé, me refiero a una cultura propia, criolla, mestiza, americana, con su lenguaje castizo y en muchos casos arcaicos, sus relaciones comunitarias, el vínculo de su gente con la naturaleza, el folclore, la mitología, la arquitectura, la religiosidad, la gastronomía y tantos otros aspectos, nos permiten hablar con propiedad de una cultura chilota. Más que una provincia insular constituye un mundo particular, con personalidad propia. En este ambiente debió interactuar Ana Barrera Pastor para iniciar los primeros atisbos escriturales de su valiosa propuesta literaria.

Como si fuera mi coterránea insular, captó el «*ethos*» de Chiloé siendo de Andalucía, un territorio tan diferente. Demostró su seriedad y preocupación en asumir un trabajo escritural que haría sentir orgullosos a los chilotes por la forma y estética de presentar su mundo. Analizó, entonces, estas dos regiones, una marítima como Chiloé y otra terrestre como Andalucía, y logró captar y establecer ciertas variables culturales que se replican y conectan, así las machis o curanderas, los pequeños pueblos aislados y solitarios, las palabras y dichos, la vida comunitaria y colaborativa, el matriarcado y patriarcado, los sueños y aventuras solitarias, la religión y su devoción, la mentalidad provinciana y circunscrita, son algunos aspectos que encontró entre ambas comarcas durante esos años del siglo XIX retratados magistralmente por la autora.

En su afán de lograr una mayor objetividad y calidad en su escrito, consultaba y clarifica acontecimientos y aspectos históricos insulares, lo cual se reconoce y releva, porque le permitió escribir una novela con un contexto real-mágico destacable y atrayente desde sus primeros párrafos. Como historiador de Chiloé válido lo expuesto, más aún será un placer leer las páginas del libro ambientado en aquellos años decimonónicos de tanto esfuerzo y sacrificio en todos los aspectos.

Lo logró con su novela, se iniciará entonces la cruzada de una placentera lectura con sentimientos de confraternidad, gracias a la escritora andaluza Ana Barrera Pastor.

*Dante Montiel Vera,*  
*Historiador*



# Índice

PRÓLOGO .....	7
Capítulo 1 .....	13
Capítulo 2 .....	23
Capítulo 3 .....	31
Capítulo 4 .....	43
Capítulo 5 .....	47
Capítulo 6 .....	53
Capítulo 7 .....	71
Capítulo 8 .....	75
Capítulo 9 .....	83
Capítulo 10 .....	97
Capítulo 11 .....	105
Capítulo 12 .....	109
Capítulo 13 .....	121
Capítulo 14 .....	127
Capítulo 15 .....	141
Capítulo 16 .....	147
Capítulo 17 .....	153
Capítulo 18 .....	157
Capítulo 19 .....	165
Capítulo 20 .....	171

Capítulo 21 .....	183
Capítulo 22 .....	195
Capítulo 23 .....	203
Capítulo 24 .....	215
Capítulo 25 .....	223
Capítulo 26 .....	231
Capítulo 27 .....	239
Capítulo 28 .....	247
Capítulo 29 .....	259
Capítulo 30 .....	277
Agradecimientos.....	281

# Capítulo I

*Sevilla de 1935*

—¡Vivan los novios! ¡Viva el señorito Julián y viva Soledad! —gritaron los niños formando una gran algarabía frente a la casa grande, como llamaban a la vivienda de los señores, cuando vieron salir a Gertrudis, la madre de Soledad.

—¡Dejad ya de alborotar! ¿Es que no hay otro lugar en el cortijo donde ponerlos a dar la lata? Los novios aún se están arreglando —los reprendió mientras salía orgullosa por la puerta principal y atravesaba el pórtico de blancas columnas y arcos de medio punto, después de haber acompañado a su hija hasta allí—. Id a jugar frente a la capilla mientras esperáis para verlos entrar, pero no os ensuciéis que vuestras madres os han puesto muy guapos y seguro que los señores se acercarán para saludaros a todos después del convite.

—¿Habrán dulces, doña Gertrudis? —preguntó Miguelín, el hijo del cabrero. Casi nadie la trataba de doña, y escucharlo le hizo levantar la barbilla con altivez.

—Si os portáis bien habrá hasta bizcochos y almendras garrapiñadas —les desveló dándose importancia y haciendo que los niños saltaran de alegría.

La mujer atravesó el camino que dividía el gran jardín con enormes palmeras, naranjos y setos de fragantes rosales y jazmines que precedía a la hermosa vivienda de doble planta con cubierta de teja de barro a dos aguas, la casa grande, y que parecía saludar esa mañana con la blancura de la cal de su fachada. Justo enfrente, Braulio, el hijo del antiguo portero, que además cuidaba de aquel hermoso vergel, salió de su pequeña vivienda adosada a la tapia de la fachada al escuchar un carro que llegaba y abrió el enorme portalón. Los niños corrieron hasta allí cuando se percataron de que era uno de los panaderos del pueblo, que a buen seguro traería dulces, y comenzaron a rodearlo con gran griterío.

—¿Qué horas son estas de llegar, es que no ves que ya mismo empezarán a llegar los invitados y el patio tiene que estar despejado? —le recriminó el hombretón arrastrando una enorme piedra para sujetar el portalón—. Este es el cortijo Los Laureles, no el cortijo Poco Aceite —continuó gruñendo mientras hacía oídos sordos a las disculpas del joven que, con gran presteza, se apeó del carro y cargó raudo los paquetes para llevarlos hasta la cocina.

—¡No tengas malas pulgas, Braulio, que he venido lo antes posible! ¡Qué bien enseñado te dejó tu padre! —se defendió afable.

—¡Ve junto a la tapia, ni se te ocurra pasar por medio o te achucho a los mastines! —le advirtió señalando a los dos perros que, indolentes, lo observaban todo bajo la sombra de un naranjo.

Gertrudis cruzó el inmenso patio de cantos rodados y muros de paredes encaladas y se encaminó hacia la derecha, hasta las viviendas que lo rodeaban. Las dos mejores casas las habitaban la familia del mayoral, la suya propia, y la del capataz. Otras cuatro y las que quedaban a la espalda y daban a un patio más pequeño eran del resto de trabajadores.

Al llegar a su puerta, se volvió a mirar hacia la capilla, justo al otro lado del patio, que lucía más hermosa que de costumbre adornada con guirnaldas de flores y hojas de laurel, haciendo honor al nombre del cortijo, y que la tarde anterior habían recogido de los frondosos laureles que la rodeaban dándole sombra.

La mujer observó con complacencia el precioso edificio, tan blanco como el resto de edificaciones, sobre el que la espadaña esperaba tan ansiosa como ella a que hicieran repicar la campana que llamaría para la boda de su hija con el señorito. Tras la ceremonia, Soledad se convertiría en la esposa del único hijo de los señores y, algún día, en señora del cortijo y de todo lo que además poseían.

Aquel domingo de mayo había amanecido completamente despejado y con un sol radiante que, nada más salir, despertó suavemente a Soledad. La joven, que casi no había dormido en toda la noche, recordó con inquietud lo que Marcela le había vaticinado esa misma madrugada: «no te nacerá ese querer», pero en su cabeza retumbaba la incesante cantinela que su madre le había repetido día tras día desde que don Julián, el señorito, había comenzado a pretenderla... «qué afortunada eres, no hay mejor partido en el mundo que él». Y tras meses de noviazgo, por fin había llegado el día de la boda.

Doña Mercedes, su futura suegra, le había sugerido amablemente que se arreglara para el casamiento en la casa grande, donde estaría más cómoda. La joven se sentó sobre su pequeña cama y suspiró. Seguro que ese querer

que Marcela decía que no le nacería acabaría llegando. De hecho, ya quería a Julián. Lo quería desde antes de que le pidiera pasear juntos, pero entonces recordó los paseos que había dado con Jeremías y con Salvador y volvió a percibir la misma inquietud. Lo que sentía por su futuro marido era un poco diferente, pero estaba convencida de que sería porque, en lugar de con un zapatero o un tractorista, se iba a casar con el señorito.

El padre, que tampoco había dormido bien, salió al pasillo y asomó la cabeza tras la puerta del dormitorio de su hija al escucharla abrir y cerrar los cajones de la pequeña cómoda:

—¿Ya estás despierta?

—Sí, padre. Quiero estar lista pronto para ir a la casa grande.

Juan asintió lentamente, absorto en sus pensamientos.

—¿Estás nerviosa? —preguntó con dulzura saliendo de su ensimismamiento.

—Dicen que todas las novias lo están antes de casarse.

—Eso dicen... Hija, espero que jamás olvides quién eres ni de dónde vienes.

—No me olvidaré, padre. Siempre he estado muy orgullosa de mi familia.

—Sé que no te he podido dar lujos, pero, aunque ahora mismo no te parezca nada, en esta nueva vida que estás a punto de comenzar este consejo es la mayor riqueza que puedo ofrecerte. No te avergüences nunca de ser quien eres y no cometas el error de intentar ser quien no eres. Siempre acertarás siendo tú misma, no lo olvides —afirmó besando a la hija en la frente para desaparecer cabizbajo tras la puerta.

—¿Qué le decías a Soledad? —preguntó Gertrudis cuando el marido volvió al dormitorio.

—Nada, solo hablaba un poco con la niña antes de que salierais.

—La niña ya no es tan niña, dentro de un rato será toda una señora casada, así que vete acostumbrando a no llamarla así —le advirtió saliendo del cuarto y encaminándose hacia el de su hija para acompañarla hasta la casa grande.

Por fin había llegado el momento que Gertrudis tanto ansiaba: «Mi hija será toda una señora y no la mujer de un simple campesino...», se complació mientras observaba cómo adornaban la blanca capilla desde la ventana del dormitorio de su hija, esperando impaciente para llevarla a la vivienda de los señores.

Y ahora, justo cuando se disponía a entrar en su casa tras dejarla allí, comprobó exasperada cómo su marido, aún con ropa de faena, volvía del campo.

—¿Te parece bonito estar así todavía? Empieza a prepararte, ¿es que has olvidado que hoy se nos casa nuestra hija y que tú eres el padrino?

—He ido a asegurarme de que han echado de comer al ganado —contestó sin mucho entusiasmo el mayoral.

—¡El ganado, siempre el ganado! Eso es lo más importante para ti.

—Déjalo, mujer —intercedió Loreto, la mujer de Rafael, el capataz, que al escucharlos salió a la puerta seguida del marido—. Estos hombres no saben hacer otra cosa que trabajar.

—¿Has visto qué guapos se han puesto ya nuestros vecinos? Anda y aplícate el cuento —le advirtió Gertrudis.

—Eso de guapos lo dirás por mi mujer —bromeó Rafael.

—Pues este hombre, en vez de arreglarse, se va a dar de comer a los animales —le reprochó.

—¿Es que acaso tú no vas a comer hoy? —le espetó Juan.

—Anda, anda, que cualquier día metes a un toro en la cama —repuso impaciente su mujer.

—En todo caso meterá una vaca, ¿verdad, Juan? —bromeó Loreto.

—Parece mentira que ya se os case Soledad. Lo va a hacer incluso antes que su hermano, siendo más pequeña —comentó el capataz.

—El próximo será Emilio, y espero que elija tan bien como ella —aseguró Gertrudis orgullosa.

—Pues que sepáis una cosa, Soledad se va a casar con el señorito porque nuestros cuatro zagales no tienen edad, porque si no seguro que cualquiera de ellos la habría cazado antes —bromeó Loreto señalando a los hijos, que nerviosos y de punta en blanco esperaban sentados a la puerta de su casa.

—Seguro que sí —afirmó Juan con la mirada perdida—. ¿Ya ha salido Soledad? —preguntó volviendo en sí.

—Acabo de acompañarla a la casa grande —contestó agarrando al marido y llevándolo hacia dentro—. Ya han llegado las dos señoras que la van a ayudar a peinarse y maquillarse, ¿no es increíble?

—El día de nuestra boda fueron tu madre y tu hermana las que te ayudaron a vestirme.

—Ahora es diferente, hemos entrado a la casa grande como dos señoras, por la puerta principal —comentó emocionada.

—¿Y qué, es que acaso es distinto a entrar por la cocina?

—Pues sí, sí que lo es, una se siente diferente... más importante. La señora nos ha invitado a desayunar, qué pena que ya lo habíamos hecho.

—Mejor así.

—Pues te advierto que jamás volveré a entrar por la cocina. Dentro de nada seré la suegra del señorito.

—Pamplinas.

—¿Ya estamos...? Y tú serás el suegro, así que toma nota.

—Yo soy y seré el mayoral hasta el día que me muera.

—Tú sí que dices pamplinas. ¿Es que hoy vas a entrar a buscar a tu hija por la cocina? Tienes que hacerlo por la puerta principal, como es lógico, y saldrás del brazo con ella también por ahí.

—Hoy es hoy, pero mañana será mañana.

—Anda, vamos a arreglarnos que nos espera un día largo. Los vecinos ya están preparados y nosotros aún sin vestir... ¡Qué pena que solo los hayan invitado a ellos de todos los trabajadores del cortijo!

—¿Te hubiera gustado que Marcela asistiera a la boda de Soledad? —preguntó con sorna.

—¡No me provoques! Sabes muy bien que no me agrada esa india vieja por mucho que quiera a nuestra hija —protestó Gertrudis recordando a la menuda anciana de tez morena y pelo tan blanco como pimpollos de algodón recogido en una larga trenza.

—No solo Marcela quiere a nuestra hija, también Soledad la quiere a ella. El cariño es mutuo.

—Me da igual lo mutuo que sea. Lo bueno de que no vaya a poder asistir nadie más que el capataz es que me voy a ahorrar el tener que verla a ella en el casamiento. De lo contrario, estoy segura de que nuestra hija la habría invitado antes que a mí.

—Pues yo doy gracias a Dios que Rafael sí que lo esté, si no, a ver con quién iba a hablar yo durante el convite.

—Pues con quien tuvieras que hablar. Más te vale irte acostumbrando, porque tu hija será la señora de Los Laureles algún día.

—¿Y eso qué tiene que ver, acaso me va a cambiar? No estoy acostumbrado a entablar conversación con tanto señoritingo. Con el único que lo hago es con don Francisco, pero él es todo un señor.

—Pues como todos los demás.

—No, don Francisco es un señor de los pies a la cabeza, jamás mira a nadie por encima del hombro y sabe darle a cada uno su sitio.

—Pues que hubiera invitado a todos los que viven en el cortijo.

—¿Qué esperabas, mujer, que llenara los salones de gañanes, cabreros y porqueros?

Gertrudis, que andaba atareada arreglándose, encogió los hombros sin decir nada y continuó acicalándose frente al pequeño espejo del dormitorio.

Juan comenzó a vestirse y, mientras lo hacía, observó su traje y el vestido de su mujer. Pensó en el dineral que se habían gastado en aquella ropa, una ropa que estaba por encima de sus posibilidades, pero que no había tenido

más remedio que comprar para estar a la altura de aquella boda, la de su hija.

Aunque a la celebración religiosa y al convite que se daría en la casa grande solo asistirían los invitados, los señores habían dispuesto que se mataran dos cerdos y se diera un almuerzo a todos los trabajadores y a sus familias en uno de los cobertizos.

Los niños, al escuchar el coche que traía a don Anselmo, corrieron de nuevo hasta el portalón para recibirlo.

—¡Ya ha llegado el cura, ya está aquí el cura!

—Dejad de alborotar, tunantes —bromeó el anciano bajando del coche.

Rosario, el ama de llaves, que fue a avisar a la señora de que había llegado el clérigo, entró con ella en el dormitorio de invitados que se había dispuesto para que arreglaran a la novia.

Soledad, poco acostumbrada a tantas atenciones, se miraba tímidamente ante un gran espejo mientras dos mujeres vestidas a la última moda la peinaban y maquillaban con suma delicadeza.

—Estás guapísima —exclamó doña Mercedes admirándola—. Las ondas te sientan de maravilla.

—Gracias, usted también está muy guapa.

—Pero hoy la protagonista eres tú y estás espectacular.

—No hemos tenido que esmerarnos mucho, la verdad, ya es guapa al natural —admitió una de las mujeres haciendo ruborizar a la joven.

Soledad era de esas bellezas que se hacían llamar andaluzas: tenía un cuerpo esbelto y proporcionado, largo cabello castaño y ondulado, que casi siempre llevaba recogido, y unos ojos verdes con una mirada dulce y serena que te atrapaban en su misteriosa profundidad.

—Rosario —sugirió doña Mercedes acariciando el hermoso vestido nupcial que colgaba de una percha—, creo que ha llegado el momento de que salgamos para que Soledad se vista y yo me cambie también, ¡soy la madrina...! —bromeó haciendo sonreír a las mujeres.

Nada más salir, la criada comenzó a murmurar haciendo enojar a la señora:

—Rosario, por favor, no vayas a empezar otra vez. Soledad es una buena muchacha y va a hacer muy feliz a Julián.

—Eso espero, pero los conozco desde que nacieron y jamás imaginé que algún día se casaran. Soledad será todo lo buena muchacha que quiera, que no lo dudo, pero para otro hombre. Por mucho que usted se empeñe en no admitirlo, esta boda no tiene ni pies ni cabeza.

—¿Vas a seguir...? Te advierto que no quiero volver a escucharte decir

nada parecido a partir de ahora, ¿me oyes? Soledad va a ser mi nuera, la esposa de Julián, y como tal se merece todo tu respeto —le advirtió con severidad.

—Esté usted tranquila que no diré nada más sobre el asunto, punto en boca.

—Así me gusta. Parece mentira que, siendo yo la madre de Julián, seas tú la que no ha parado de poner pegos a este noviazgo.

—Porque aunque no sea su madre lo amamanté como si lo fuera. Disculpe si no le gusta que lo diga, pero lo quiero como si fuera de mi propia sangre.

—Lo sé, Rosario, no me cabe la menor duda de lo mucho que le quieres —la disculpó en tono cansado.

—Usted no sabe lo que es perder un hijo nada más nacer, un hijo que pagó el pecado de sus padres con su vida, porque estoy segura de que Dios me lo quitó por ser una pecadora. Y el padre... el padre me engañó, me dijo que volvería y jamás lo hizo —volvió a relatar con la misma amargura.

—No te atormentes más con esos pensamientos —trató de disuadirla de continuar.

Mercedes, a pesar de haberla escuchado relatar lo mismo cientos de veces, y a pesar del resentimiento que inevitablemente guardaba hacia ella, volvió a compadecerse de la mujer.

Sobrevivir a un hijo iba contra natura, ninguna madre debería experimentar tan terrible suceso.

Pero ella necesitaba seguir engañándose a sí misma. No podía evitar recordar el día que su marido trajo a Rosario embarazada desde Sevilla. La sombra de la infidelidad la había acompañado desde entonces. Era la única mácula que había ensuciado su matrimonio, y únicamente había tolerado tenerla bajo su propio techo dado lo mucho que conocía a su esposo. Él jamás habría abandonado a Rosario a su suerte y ella respetó su decisión. Francisco era el hombre más íntegro que jamás había conocido, y era consciente de que había asumido su falta como la persona honorable que era.

—No eres ninguna pecadora —intentó consolarla doña Mercedes, a pesar del dolor que le producía recordar el pasado.

—Sí que lo soy.

—Seguro que Dios entendió lo que ocurrió y te perdonó. Si tu hijo murió fue por otra razón y solo él la conoce. Piensa que Julián te quiere tanto como a mí, que para él eres como su segunda madre. Llegaste a esta casa con una misión y era cuidar de él.

Rosario se marchó hacia la cocina cabizbaja y recitando una musitada letanía mientras la señora, que la observaba marchar pensativa, no pudo evitar sentirse culpable por el alivio que le supuso la muerte de aquel niño al nacer.

Cuando doña Mercedes subió hasta su dormitorio, encontró al marido observando con sigilo a través del balcón cómo llegaban los coches de los primeros invitados.

—Sigo pensando que no era necesario que la boda fuera tan íntima —le reprochó la mujer con cariño mientras se vestía.

—¿No esperarías que invitara a toda la flor y nata de Sevilla? Van a asistir la familia, los amigos más íntimos y los compromisos que no he podido eludir. No pienso soportar comentarios a mis espaldas en mi propia casa.

—Nadie va a hacer eso. Julián no es el primero que se casa con alguien que no es de su misma clase, por Dios. No seas mal pensado —argumentó tratando de restarle importancia.

—Y tú piensas demasiado bien de todo el mundo.

—¿En qué lugar deja eso a Soledad? Va a ser nuestra nuera y, además, es una muchacha maravillosa.

—Sí, lo sé, pero jamás pensé que haríamos una boda así para nuestro único hijo.

—Ya he escuchado lo mismo dos veces en el mismo día —se quejó con un suspiro.

—¿Rosario...? —preguntó con cautela.

—Sí, ya sabes lo mucho que quiere a Julián —afirmó haciendo sonreír al marido, que desvió la mirada.

—A veces creo que demasiado... pero me alegra comprobar que hay alguien más que piensa como yo. Siempre había imaginado una boda con algo de más pompa y boato, en la catedral de Sevilla... —intentó bromear al tiempo que disimulaba aquel dolor de estómago que cada vez se hacía más insoportable.

—Tú eres el que ha querido que fuese aquí, en Los Laureles —lo reprendió con cariño.

—Es la boda que Julián se merece —afirmó con severidad—, y Juan también —concluyó con un tono mucho más amable.

—¿Es que acaso también has querido castigar a nuestro mayoral celebrándola aquí? —preguntó con sarcasmo mientras lo ayudaba a anudarse la corbata.

—Sabes muy bien que para Juan es todo lo contrario. Si esta boda se hubiera celebrado en Sevilla hubiera sido mucho más incómodo para él, ya lo está pasando lo bastante mal como para encima tener que someterlo a más humillación.

—¿Es que emparentar con nosotros es una humillación? —bromeó.

—Juan hubiera deseado mil veces más que Soledad se hubiera casado

con cualquier joven del pueblo antes que con Julián, ya lo conoces. Es el hombre más prudente que jamás he conocido y esta situación no es plato de su gusto, lo sé.

—Acabará acostumbrándose, no sufras tanto por él.

—Sin embargo, Gertrudis parece que se ha acostumbrado perfectamente —añadió irónicamente.

—Gertrudis no es como Juan, ya lo sabemos. Por suerte, Soledad se parece al padre.

—Sí, tanto como Emilio a la madre. Por cierto, estás guapísima de madrina —susurró acariciando su mejilla.

—Gracias, tú también estás muy elegante. —Sonrió halagada.

De pronto, escucharon unos pasos que se acercaban.

—Creo que el novio viene en busca de su madrina —anunció don Francisco.

—Será un marido maravilloso, como su padre —exclamó besándolo en los labios.



## Capítulo 2

*Sevilla de 1935*

—¿Sabes lo que tienes que hacer, te ha contado algo tu madre? —preguntó Julián arrastrando las palabras por los efectos del alcohol, después de horas de celebración.

—Sí... —contestó Soledad tímidamente, sentada sobre el borde de la cama recordando la escueta conversación que había mantenido con su madre hacía varios días:

«...tú único deber es dejarte llevar, no seas remilgada que tu marido sabrá lo que tiene que hacer. ¡Y no me mires con esa cara tan triste, niña! ¿Es que acaso no estás harta de ver cómo el semental monta a las vacas o cómo los cerdos se aparean? Tú estate quietecita y en un rato todo pasará».

Y ahora, de repente, había llegado el momento que tanto temía.

—Pues entonces sabrás que lo primero que tienes que hacer es desnudarte, ¿no? —la apremió Julián sin mucho entusiasmo.

Soledad, arrebolada y nerviosa, confundida ante la desagradable e impaciente actitud del marido y cruzando las manos sobre su regazo, no podía dejar de mirar al suelo, donde las puntas de sus zapatos asomaban por debajo del encaje del vestido de novia. Jamás había tenido unos zapatos tan bonitos, tanto que en aquel momento le parecieron irreales, ajenos a su persona.

—Esto es desesperante... voy a salir unos minutos y cuando vuelva te quiero desnuda y en la cama —le ordenó mientras se dirigía tambaleándose hacia la puerta para salir dando un portazo.

Soledad continuó inmóvil observando la punta de aquellos zapatos de charol blanco que su suegra le había animado a probarse en aquella zapatería tan bonita de Sevilla.

La tarde en la que fueron a comprarlos era la segunda vez en su vida que visitaba la capital. La primera vez que fue debía tener unos cinco o seis años, acompañando a sus padres al médico, y lo único que recordaba de aquella

visita fue la inmensa catedral con una también inmensa torre pegada a ella, y que resultó ser la misma que aparecía en la bonita lata de membrillo donde su madre atesoraba las pocas fotos que conservaban de la familia.

—Esa torre es la Giralda —la presentó su padre admirándola a sus pies.

—¿Y por qué es tan alta? —preguntó la niña asombrada.

—Para que toda Sevilla escuche repicar sus campanas.

Tenía miedo. Debía quitarse el vestido y ponerse el precioso camisón adornado con delicadas vainicas y caprichosos bordados que descansaba sobre uno de los sillones del dormitorio, pero su marido, sin embargo, le había ordenado que se desnudara y se metiera directamente en la cama. Las lágrimas asomaron a sus ojos, unas lágrimas que ella notó calientes al llegar a su boca, saladas como la salmuera donde sumergían las aceitunas, tras endulzarlas en agua durante días y así quitarles el amargor, para aliñarlas después con tomillo, ajo y naranja agria cada mes de septiembre después de su recogida. Sin saber por qué, su mente se distraía y se negaba a ayudarla insistiendo en arrastrarla por los más remotos recuerdos que atesoraba su memoria.

Estaba cansada, muy cansada. La noche anterior no pudo quedarse dormida hasta pocas horas antes del amanecer y el día había sido excitante e intenso.

Cuando entró en la capilla del brazo de su padre, Julián la esperaba junto al altar, sonriente y atento a cada paso que daba.

—Estás preciosa —le susurró con una sonrisa cómplice cuando se acercó hasta él.

Cuando don Anselmo los declaró por fin marido y mujer y la besó, Soledad se estremeció. Era la primera vez que la besaba en los labios. La había besado en las manos y en la frente, pero nunca en la boca. Intentó recordar cada detalle de aquel beso para no olvidarlo jamás... su primer beso.

De repente, el sonido de unos pasos la devolvió a la realidad. Comenzó a desabrocharse el vestido trabajosamente, aquella infinita fila de botones frrrados a su espalda que se empeñaban en escapar una y otra vez de entre sus dedos. Suerte que, al menos, sus brazos alcanzaron a desabrochar la mitad de ellos. Intentó bajarse el vestido, pero no pudo, las caderas no le permitían que el vestido saliera, así que se lo sacó a tirones por la cabeza y lo arrojó al suelo. Hacerlo casi le pareció un sacrilegio.

Ellas creían que no las escuchaba, pero, mientras la peinaban esa misma mañana, oyó a doña Mercedes decir a Rosario que no subiera por la noche para ayudarla a desvestirse: «creo que será mejor que los novios estén solos esta noche. Soledad podría sentirse incómoda si subes. No está acostumbrada. Vamos a dejar que los tortolitos se las arreglen entre ellos», comentó con dulzura y todo el tacto que le fue posible mientras la criada miraba a la joven

con reprobación.

Al contemplar el precioso vestido, cuyos blancos encajes destacaban sobre las brillantes y oscuras baldosas de barro, se sintió morir.

No llevaba más que horas casada y ya se sentía desdichada. «¿Por qué Julián no se comporta como siempre, por qué está siendo tan desagradable? ¿Es porque está bebido?», pensó intentando encontrar una razón a su extraño comportamiento.

Pisó el vestido una y otra vez con rabia, con impotencia, hasta que, arrepentida, lo recogió y lo colocó con delicadeza sobre el camisón, que pareció mirarla con pesar. Se quitó el collar y los pendientes que su suegra le había prestado asegurándole que pronto serían suyos. «Como que yo los quiero...», murmuró, y los colocó sobre el tocador. Por último, se quitó las bragas y el sujetador y se metió en la cama cubriéndose con la sábana a pesar del calor.

Estaba agotada, lo notaba en su cuerpo, pero los nervios no le permitían que sus ojos se cerraran; se estaba orinando, pero no pensaba agacharse a hacerlo en el orinal, que seguro estaría bajo la cama, por si su recién estrenado marido entraba y la sorprendía. Lo único que deseaba en aquel momento era volver a estar como la noche anterior, en su casa, a pocos metros de allí, metida en su pequeña cama y no en esa, enorme y con aquel extraño dosel. Anhelaba estar en su dormitorio, donde no había ni tocador, ni sillones tapizados, ni arcón, ni armario, ni aquel enorme espejo con marco dorado... solo su cama con un pequeño baúl a su lado, una pequeña cómoda, una silla y la jofaina donde se aseaba cada mañana; y la enorme ventana hasta el suelo desde la que, los últimos meses, suspiraba vigilando a escondidas el balcón de la casa grande donde esperaba cada noche que se asomara el que ahora era su marido para decirle adiós y lanzarle un beso al aire.

De pronto, recordó que la puerta que había a su derecha era el baño. Ella nunca había usado uno tan lujoso, pero sabía cómo hacerlo. Rosario jamás los dejaba entrar en las habitaciones de los señores cuando estos estaban en Sevilla o de viaje, pero su hermano le aseguraba que había entrado varias veces y los había usado. Se levantó rápidamente y orinó antes de que el marido llegara.

Cuando Julián volvió estaba aún más borracho y casi no se sostenía en pie. Entró agarrándose a las paredes y tropezando con los muebles.

—Espero que estés preparada —logró balbucir.

Ella asintió, servil, como siempre que se dirigía a él, a pesar de que ahora era su esposa, o quizá por ello aún más.

Observó desde la cama cómo se desnudaba con torpeza, protestando y resoplando mientras arrojaba cada pieza del elegante traje por el suelo.

Desde pequeña se había sentido atraída por él. Era el muchacho mejor

vestido que jamás había visto. Claro que hasta que el señorito no creció no había tenido oportunidad de ver muchos otros, pues los invitados que llegaban al cortijo eran casi todos hombres maduros y en el pueblo, aunque los había, no le parecían tan guapos y elegantes como él.

Julián jamás se había fijado en ella cuando llegaba impaciente desde la casa grande buscando a su hermano y a los demás niños para salir a jugar al campo. Emilio era su compañero de juegos siempre que el señorito venía los fines de semana al cortijo o volvía con su madre para pasar el verano después de terminar la escuela en Sevilla.

Su hermano le contaba que los señores tenían una casa en la capital aún más bonita que la casa grande de Los Laureles.

—¿Más bonita que Los Laureles...? ¡Eso es imposible! ¡No hay casa más bonita que esta!

—Si el señorito lo dice, es que será verdad —le aseguraba a su hermana pequeña—. Además, ni siquiera conoces la casa grande entera. Hay habitaciones donde no has entrado.

Cuando por fin estuvo desnudo, destapó a Soledad de un manotazo y la observó fijamente durante unos segundos. Ella se cubrió el sexo asustada, sin poder interpretar lo que los ojos de su marido querían decir. Julián le abrió las piernas con las rodillas y se tumbó lenta y torpemente sobre ella.

Soledad no sentía su miembro duro tal y como Marcela le explicó, solo notaba una masa flácida que se restregaba contra su entrepierna y el peso de su cuerpo impidiéndole respirar. Percibía el olor a alcohol y a tabaco en el aliento del marido y su respiración entrecortada. De repente paró, se apartó a un lado y le introdujo los dedos en el sexo ante el estupor de la muchacha. Gimió de dolor, sintió cómo se rompía en su interior y lloró. Lloró sin poderlo evitar, a pesar de que era lo último que deseaba hacer, mientras él la miraba sin verla a través de sus vidriosos ojos, sin compasión alguna por el llanto y la vergüenza que ella intentaba esconder cubriéndose la cara con las manos, hasta que por fin paró y descansó los dedos entre sus piernas dejando que la sangre fluyera del sexo de Soledad.

En silencio, agarró uno de sus pechos y lo apretó con crueldad hasta hacerla gemir de dolor. Entonces musitó algo casi inaudible, algo que ella interpretó como un «te quiero», y lo soltó.

Sin decir absolutamente nada más le dio la espalda y se echó a dormir, dejándola llorando en silencio sin entender lo que había ocurrido, si era aquello lo que se suponía que debía pasar en la noche de bodas y confundida por aquel «te quiero» que creía haber escuchado; sintiendo dolorido su cuerpo y desolada su alma.

No durmió en toda la noche. Le producía repulsión el solo roce de su piel contra la del marido, e intentó apartarse todo lo posible acurrucándose sobre su lado de la cama. Su olor comenzó a asquearle, una mezcla a alcohol, sudor y perfume caro; y el sonido acompasado de su respiración le resultaba amenazador, como si de una fiera agazapada se tratase, temiendo que despertara y volviera a repetir lo sucedido.

Cuando el alba se anunció con los primeros rayos de sol y los gallos rompieron el silencio de la madrugada con sus cantos, estaba convencida de que aquello no era lo que debería haber ocurrido, que debería haber sido distinto.

Julián durmió hasta bien entrada la mañana mientras ella, insomne, no se había atrevido ni siquiera a moverse en toda la noche. Cuando por fin despertó, Julián se incorporó de la cama lentamente con una mano en la cabeza por el dolor que le producía la resaca y se volvió hacia ella:

—¿Qué pasó anoche?

La joven no se atrevió a mirarlo.

—¿Lo hicimos? —insistió él amablemente.

Al no obtener respuesta alguna, la destapó con sumo cuidado y descubrió las manchas de sangre sobre las sábanas.

—No seas tímida, Soledad. Ya somos marido y mujer —afirmó con dulzura.

Al escuchar la delicadeza con que le hablaba, la muchacha rompió a llorar. ¿Por qué había sido tan insensible y tan cruel aquella noche? Julián siempre se había comportado bien con ella, siempre había sido atento y considerado... no lo entendía.

—No llores. Te lo suplico —le rogó con ternura—. No debes avergonzarte. Anoche pasó lo que tenía que pasar. Ahora a ver si hay suerte y te quedas embarazada —concluyó dulcemente mientras le apartaba con suavidad un mechón de pelo de la frente.

Levantándose, se asomó al balcón y respiró satisfecho.

—Voy a bajar a desayunar, ¿me acompañas o pido que te suban algo? —preguntó mientras se vestía con ropa cómoda.

—No tengo hambre. Estoy cansada y preferiría seguir durmiendo —contestó la joven sin atreverse a mirarlo.

—Tienes razón. Ayer fue un día intenso. Yo aprovecharé para dar un paseo, ¿de acuerdo?

Nada más escuchar la puerta cerrarse, Soledad se relajó. Sintió cómo su cuerpo por fin se acomodaba en el enorme colchón y su cabeza descansaba pesada sobre la almohada.

Estaba agotada. Dejó que el sueño la fuera envolviendo poco a poco

mientras los recuerdos, caprichosos, insistían en asomarse a su cabeza uno tras otro hasta que apareció el que guardaba de la noche anterior.

Marcela se acercó a casa de Soledad cuando estuvo segura de que todos dormían. Se asomó a la ventana del dormitorio de la muchacha y, tras las rejas adornadas con macetas de frondosos geranios, la descubrió tendida sobre la cama, aún despierta. La noche, sumida en su sopor, solo dejaba oír el canto de los grillos y el acompasado tictac del reloj de pared que, sin descanso, extendía su rumor desde la salita advirtiendo del inexorable paso de las horas:

—Sal, hija, tenemos que hablar —musitó sorprendiéndola.

—¿Hablar de qué? Es muy tarde... ¿cómo has entrado sin que Braulio ni los perros te hayan escuchado abrir el portón? —preguntó confundida.

—Braulio duerme como un bendito y los perros me conocen de sobra.

Soledad se acercó hasta ella, la contempló a través de la reja y, tras unos segundos, comprobó en los ojos de la anciana que sus pensamientos estaban allí.

—Ahora mismo voy.

Cuando salió, Marcela la agarró de la mano, la sacó por el portón entreabierto y no la soltó hasta que estuvieron sentadas sobre unos tocones a la orilla del río, bajo la luz de la luna. Tan solo se escuchaba el fluir del agua y el canto de los grillos, interrumpido a veces por el ulular de algún mochuelo. La muchacha vigilaba a la anciana por el rabillo del ojo esperando pacientemente. Sabía que no debía romper aquellos silencios, unos silencios que desde niña había aprendido que no lo eran, pues ya entonces conocía las conversaciones que la anciana mantenía en esos momentos de quietud con todo lo que la rodeaba.

De repente, la mujer comenzó a hablar:

—Mañana serás una mujer casada.

—Mañana, mi madre será la madre de la futura señora de la casa grande —confesó con apatía.

—¿Tan poca ilusión te hace? —preguntó sin poder evitar sentir compasión por la muchacha.

—Julián es el mejor partido que podría imaginar —afirmó sintiendo la punzada del recuerdo de Salvador.

—Sí, y muy guapo, pero ¿le quieres? —la interrogó rotunda.

—Sí que le quiero, es muy bueno conmigo. Además, mi madre dice que aprenderé a quererlo cada vez más.

—A eso no se aprende, eso tiene que nacer y a ti no te ha nacido.

—¿Y me nacerá? —preguntó angustiada—. Puede que con el tiempo me nazca...

—No te nacerá ese querer, hija, no te nacerá para el señorito Julián — confesó sin poder evitar pensar en Salvador y en Emilio—. Pero no te preocupes, hay matrimonios que son más felices aun así. El señorito es buena persona y será bueno contigo —sentenció dejando más tranquila a la muchacha.

—Lo que me inquieta es vivir en la casa grande, no sé si sabré comportarme como debiera.

—Sé que eso te tiene preocupada, pero la señora te tiene mucho cariño y te enseñará.

—Los señores están siendo muy amables conmigo, aunque creo que es por el aprecio que le tienen a mi padre.

—No puede ser solo por eso, tú vales mucho por ti misma.

—Tengo miedo por algo más, Marcela.

—¿Por la noche de bodas?

Soledad agradecía la sinceridad de la anciana, no necesitaba dar rodeos a las conversaciones que mantenían. Aquella mujer siempre sabía lo que, incluso sin palabras, ella le cuestionaba.

—Él meterá su miembro entre tus piernas, dentro de tu sexo, estará duro y puede que te haga daño. Relájate y verás cómo te duele menos. Después de unas cuantas embestidas derramará su simiente dentro de ti.

—¿Su semilla?

—Sí, pero no pienses que son como las semillas que sembramos en la tierra. Es un líquido que sale del miembro del hombre, una sustancia viscosa y con un olor extraño.

—¿A qué huele?

—Huele a la mitad de la vida, la otra mitad la ponemos nosotras.

—¿Nosotras... cómo?

—Con nuestro sangrado de cada mes, esa es nuestra mitad. Si su simiente crece en nosotras entre sangrado y sangrado, se nos queda dentro y juntos forman la vida.

Tras unos minutos en silencio en los que la anciana observaba ensimismada el fluir del agua, continuó:

—Vas a ser la novia más bonita que jamás se haya visto.

—Siento mucho que no puedas acompañarme en la boda —confesó apesadumbrada.

—Sí que voy a estar, sé que me llevarás en el corazón —aseguró emocionando a la joven—. Además, las del servicio nos reuniremos para verte salir de la casa grande.

—Me volveré para que me veáis bien, quiero que admiréis el vestido tan bonito que llevaré —bromeó.

—José y yo no podremos hacerte un regalo de postín.

—No necesito ningún regalo, ya lo sabes.

—Aun así, quiero que tengas algún recuerdo nuestro —dijo ofreciéndole un paquete envuelto—. Bueno, antes de abrirlo ya habrás adivinado que es un libro.

—«*Un viaje de novios*, Emilia Pardo Bazán» —leyó tras desenvolver el regalo—. Viniendo de ti, seguro que es un tesoro.

—Tuve la oportunidad de leerlo cuando era joven. Hace semanas que mandé a José al pueblo a que lo encargara para ti, quería que lo tuvieras.

—Por ahora no vamos a hacer ningún viaje. Julián dice que ahora mismo no le apetece moverse de Los Laureles, así que tendré tiempo de leerlo.

—El viaje es lo de menos, tú léelo y ya lo comentaremos.

—¿Podemos hacerlo juntas?

—Si a la señora le va a apetecer volver por mi humilde morada después de su casamiento... —bromeó.

—¡Pues claro que sí, casarme no me va a cambiar!

—Lo sé, hija, sé que nunca cambiarás —afirmó con cariño.

Soledad, adormecida en aquella enorme cama vestida con las mejores sábanas, se sintió inmensamente desdichada. Recordó entonces lo que le acababa de decir Julián: «ahora a ver si hay suerte y te quedas embarazada». Y, sin saber por qué, advirtió aquellas palabras como un triunfo. No, no se quedaría preñada porque su miembro flácido no había derramado su semilla en su interior y dentro de ella solo estaba su mitad, faltaba la mitad de él, y se sintió enormemente agradecida por ello. Pero, sobre todo, se sentía agradecida a Marcela, a la mujer que desde niña le había ido descubriendo, gota a gota, los secretos de la vida.